

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

El desarrollo excluyente y desigual en la América Latina rural [The exclusionary and uneven development in rural Latin America]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Kay,Cristóbal
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-06-24 19:42:50
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220005

El desarrollo excluyente y desigual en la América Latina rural

Kay, Cristóbal

Cristóbal Kay: Investigador del Instituto de Estudios Sociales de La Haya.

Un proceso de modernización excluyente, acentuado en los años 80, transformó a los actores sociales y también sus relaciones en el sector rural. Los latifundistas han quedado subordinados a las fuerzas del capitalismo global y nacional. La economía campesina, a pesar de que todavía es un proveedor importante de empleo y alimentos básicos, es un sector relativamente en decadencia, y muchos campesinos han sido marginados como productores, quedando condenados a un nivel de subsistencia mínimo y/o a buscar empleos asalariados.

Desde 1945, la economía y la sociedad rural latinoamericanas se han transformado drásticamente, debido a la creciente integración de la agricultura al régimen agroindustrial global de alimentos, y también a causa de las políticas estatales desde la reforma agraria hasta la liberalización. En los 90, el sistema de la hacienda o latifundio, predominante alguna vez, prácticamente ha desaparecido. En su lugar dominan las fincas capitalistas modernas y los complejos agroindustriales, muchos de ellos vinculados o pertenecientes a corporaciones transnacionales. La consecuente transformación de las relaciones sociales y técnicas de producción agraria ha sido profunda. En los 60 y 70, el debate se encarnizaba en torno a la caracterización de la hacienda o latifundio como feudal o como capitalista (Kay 1977); actualmente la cuestión es si el campesinado sobrevivirá como un tipo definido de economía agrícola familiar.

En los 90 la sociedad y la economía rural latinoamericanas ya no tienen el papel principal que tuvieron históricamente en la economía global o nacional. Mientras en 1960 más de la mitad de la población latinoamericana era rural, hoy en día se trata sólo de un cuarto de los habitantes (IDB 1993: 262). Durante el mismo período (1960-1990), la participación de la agricultura en el valor de las exportaciones totales descendió de aproximadamente la mitad a un quinto (ECLC 1993: 81), y la con-

tribución de la agricultura al PIB cayó del 17% en 1960 (IBD 1986: 397) a menos del 10% en los 90 (CEPAL 1993: 77).

No cabe duda de que el efecto de los procesos más amplios de globalización y modernización sobre el sector agrícola latinoamericano ha sido diferente según los países. Los cambios en el mercado mundial han modificado las fortunas económicas nacionales. La modernización y la globalización también han tenido consecuencias dispares para los grupos sociales de cada economía nacional, acentuando y creando nuevas formas de diferenciación socioeconómica en el sector rural.

Entre las transformaciones claves que se analizan en este artículo se encuentran los profundos cambios en la estructura agraria que han llevado a la desaparición del sistema secular de la hacienda o de complejos de latifundios-minifundios, como a veces se denomina a esta estructura agraria bimodal. Los procesos de reforma y contra-reforma agrarias, la mecanización, la agroindustrialización, los éxodos campesinos, la «casualización» de la fuerza laboral rural, la capitalización y la semiproletarización o proletarización de la economía campesina, la colonización, y los nuevos adelantos en la agroexportación, han llevado al surgimiento de una estructura agraria más compleja y heterogénea.

La agricultura latinoamericana en la economía mundial

Resulta notable cuánto ha declinado la posición relativa de la agricultura latinoamericana en la economía mundial desde la Segunda Guerra. Esta caída se debe en parte a la estrategia de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) practicada por la mayoría de los países de la región hasta los 80. Por encima de todo, la declinación relativa de la participación latinoamericana en el comercio internacional de productos agrícolas se explica por las medidas proteccionistas adoptadas por los países desarrollados. Además, tanto EEUU como la Unión Europea subsidian fuertemente su producción y exportaciones agrícolas a fin de reducir los grandes excedentes de alimentos. Esto ha tenido consecuencias negativas para las exportaciones agrícolas latinoamericanas, particularmente de Argentina y Uruguay, que compiten directamente con los productores de carne y cereales en EEUU y la Unión Europea. Para 1980, los países desarrollados suministraban más de la mitad de los productos agrícolas que se comercializaban internacionalmente, mientras que la participación de América Latina era de sólo el 12% (GIA y CLACSO 1991: 16).

Internacionalización, ajuste estructural y fomento a las exportaciones. A partir de los 80, la adopción de una estrategia de desarrollo orientada hacia afuera ha integrado más el sector agrícola latinoamericano a la economía mundial. La crisis de la deuda de los 80 y la adopción de los «programas de ajuste estructural» - patrocinados por el Banco Mundial, el FMI y el sistema bancario internacional - en casi todos los países latinoamericanos estimularon las exportaciones agrícolas con la esperanza de que aliviarían la carencia de divisas. Como resultado de la campaña de fomento, las exportaciones agrícolas han venido aumentando mucho más rápido que la producción para el mercado nacional. Sin embargo, pese a este aumento considerable, la cantidad de divisas ingresadas por ese concepto no ha estado a la misma altura debido a la caída de los precios internacionales. Las ganancias por exportaciones agrícolas fueron mayores en los 70 que en los 80.

Dentro de este proceso de globalización, las corporaciones transnacionales agrícolas (CTA), o agroindustrias, han sido una de las instituciones claves en dar forma a la agricultura latinoamericana, y vincularla aún más a los requerimientos del Primer Mundo. Esas empresas han facilitado el surgimiento de un sistema internacionalizado de agroalimentos, así como cambios fundamentales en los patrones de consumo, y en la producción, procesamiento y mercadeo del sector agrícola latinoamericano. El desarrollo de la biotecnología y de la ingeniería genética ha acrecentado adicionalmente el poder y el dominio de la agroindustria sobre los agricultores y los campesinos.

En lo que respecta al uso de las tierras, las CTA han cambiado el curso de la producción de los alimentos básicos y han introducido nuevos productos de exportación tales como la soja y el sorgo, utilizados principalmente como alimento de animales en los países desarrollados. Además, los adelantos tecnológicos en materia de almacenaje, procesamiento, transporte, organización industrial y comunicaciones han permitido a las CTA aprovechar las diferencias estacionales hemisféricas, exportando vegetales, frutas y flores a los ricos mercados del Norte.

Los nuevos patrones de producción, respaldados por organismos internacionales como el BM, también son reforzados por los gobiernos latinoamericanos como parte de la campaña de fomento de la exportación para pagar la deuda. Esas prioridades son perjudiciales para la producción de alimentos básicos, y han afectado negativamente la economía campesina, la cual ha sido, y hasta cierto punto todavía es, uno de los productores principales de cultivos alimentarios. El consecuente abandono de las cosechas básicas ha dado como resultado un aumento en la dependencia de las importaciones de alimentos de los países desarrollados, particularmente

desde EEUU, socavando así la seguridad alimentaria en América Latina. Además esta sustitución de los cultivos alimentarios por ganado y exportaciones silvícolas ha tenido también consecuencias perjudiciales para el ambiente, pues en el proceso se han destruido selvas tropicales y naturales.

Estos cambios en los patrones de producción han modificado la estructura social rural en América Latina. En general son los agricultores capitalistas los que han podido aprovechar las nuevas oportunidades: los requerimientos financieros, organizacionales y tecnológicos de los nuevos productos de exportación no están al alcance de la economía campesina.

La agricultura y la economía nacional

La participación de la agricultura en el PIB cayó continuamente desde 1950, pero luego se estabilizó durante los 80. Mientras que en 1950 la agricultura contribuía con un cuarto del producto, en 1980 representó sólo el 10% (CEPAL 1993: 77). Pero si en los años 60 y 70 había sido el sector menos dinámico, en los 80 la agricultura experimentó una tasa de crecimiento más elevada que otras actividades económicas, aumentando el doble que el PIB total. Sin embargo, el desempeño de la agricultura en los 80 estuvo muy por debajo del de las dos décadas previas, y un poco por debajo de la tasa de crecimiento promedio anual de la población, que para esa década fue del 2,1 %. De esta manera, la tasa de crecimiento agrícola per cápita era prácticamente nula. Pero lo importante es que por primera vez en el período de la posguerra la agricultura creció a una tasa sustancialmente mayor que la industria, la cual se vio particularmente afectada por la crisis económica de principios de los 80, manteniéndose prácticamente estancada (IDB 1993: 264).

Aunque la agricultura suministra empleo a más de un cuarto de toda la fuerza laboral latinoamericana, sólo contribuye con el 10% del PIB (FAO 1992a: 35). Esto es un reflejo de la disminución de la productividad laboral de la agricultura como resultado del atraso tecnológico en comparación con otros sectores económicos. De ese modo, los ingresos rurales promedio se quedan rezagados con respecto a los del sector urbano. La agricultura continúa siendo un contribuyente principal a los ingresos de divisas de América Latina, pero su contribución declinó sustancialmente en los 70 y en los 80. Las exportaciones agrícolas, responsables del 44% del valor total de las exportaciones en 1970, disminuyeron a 29 y 24% en 1980 y 1990, respectivamente (CEPAL 1993: 81).

A pesar de que la exportación agrícola de América Latina aumentó un 10,4% por año (en dólares corrientes) entre 1970 y 1984 (IDB 1986: 74), las importaciones agrícolas crecieron aun más rápido, con una tasa anual del 12,8% durante el mismo período. A partir de 1960 (o antes), las importaciones agrícolas se convirtieron en una proporción ascendente de las exportaciones agrícolas, reduciendo así la contribución neta de la agricultura a los ingresos de divisas, a pesar de que durante ese período la balanza comercial agrícola de América Latina todavía registraba un excedente saludable (ibid.). Sin embargo, durante la primera mitad de los 80, las importaciones de alimentos disminuyeron debido a las medidas de ajuste y austeridad impuestas por los gobiernos, mientras que al mismo tiempo continuaba aumentando la cantidad de productos agrícolas exportados (ibid.: 81, FAO 1992b: 35). Indudablemente, eso tuvo un efecto negativo sobre la disponibilidad y el consumo de alimentos en América Latina, lo que afectó particularmente a los sectores más pobres de la población.

Es importante hacer énfasis en que el desempeño de la agricultura latinoamericana fue muy desigual. Entre 1964 y 1984 los cultivos de subsistencia, que son producidos principalmente por el sector campesino, aumentaron a una tasa promedio anual del 2%, mientras que los cultivos de exportación, producidos generalmente por el sector agrícola comercial mediano y grande, aumentaron el doble: 4,1% anual (IDB 1986: 74). Esto invierte la tendencia de la década del 50 y principios de los 60, durante las cuales la producción agrícola para el mercado nacional aumentó más rápido que la producción para la exportación (CEPAL 1964: 63).

Los principales cultivos de exportación son el café, la soja y el azúcar, los cuales contribuyeron respectivamente con el 23,9%, el 14% y el 7,4% a los ingresos por exportación agrícola en el período 1980-84 (IDB 1986: 147). Las exportaciones no tradicionales, como la soja y las frutas frescas y procesadas, tuvieron un comportamiento particularmente dinámico, mientras que la mayoría de los productos de exportación tradicionales, como el café, el azúcar, las bananas y el algodón, registraron bajas tasas promedio de crecimiento de exportación. Los cultivos de subsistencia tuvieron un desempeño insatisfactorio como consecuencia de políticas gubernamentales discriminatorias, de la competencia internacional desleal y de las modificaciones en los patrones de consumo urbano, que se han estado desplazando de los productos básicos tradicionales (papa, yuca, frijol, maíz y batata) a productos más procesados y variados (aceites vegetales, pan, fideos, arroz, aves de corral, puerco, productos lácteos, frutas y vegetales), que a menudo tienen una proporción mayor de importaciones.

Capitalización de la agricultura y modernización de la hacienda

La modernización y liberalización de la agricultura, basadas en el crecimiento del sector externo, continuaron estrategias de modernización previas. Antes de las políticas neoliberales, el sistema de la hacienda ya había sido sustancialmente modificado en muchos países latinoamericanos. Durante los 60 y los 70, tuvo lugar una intensificación de la agricultura latinoamericana. Muchos gobiernos estimularon la modernización del sistema de hacienda, a través de medidas tales como créditos subsidiados para la compra de maquinaria y equipo agrícola, ganado de mejor calidad, fertilizantes, y variedades mejoradas de semillas, al igual que la ejecución de programas de asistencia técnica. En consecuencia, los grandes agricultores comenzaron a volcarse a los cultivos de mayor valor agregado, de creciente demanda por parte de los consumidores urbanos, y a capitalizar sus empresas a través del mejoramiento de las tierras, infraestructura, mecanización, etc. Este proceso de modernización puede caracterizarse como la «vía latifundista», al capitalismo agrario, ya que los mismos latifundistas transforman sus grandes explotaciones agrícolas en fincas capitalizadas comerciales orientadas a la ganancia.

Por otra parte, se adoptaron cada vez más las tecnologías del tipo revolución verde, que involucran semillas mejoradas. En 1970, sólo el 10,8% del área de trigo de América Latina fue sembrada con variedades de alto rendimiento, pero en 1983 esa superficie aumentó al 82,5 % (IDB 1986: 111). La expansión de la revolución verde también contribuyó al aumento del uso de fertilizantes y pesticidas. Entre 1950 y 1980, el uso de pesticidas se multiplicó por más de 15, los fertilizantes por casi esa cantidad y los tractores aumentaron en un 600% (Ortega 1985: 97). La formación de capital fijo también se expandió considerablemente al crecer la superficie de tierra irrigada en un 7%, mientras que la tierra bajo cultivos permanentes (árboles frutales, café, bananas y uvas) y semi-permanentes (como la caña de azúcar) aumentó en un 72 %. Las existencias de ganado aumentaron un 75% durante este período (ibid.).

Esta intensificación de la agricultura significó que el crecimiento de la producción se logró gracias a un aumento en la productividad de los distintos factores. Sin embargo, hasta los 80 la expansión territorial de la agricultura todavía respondía por el 60% del crecimiento productivo (Ortega 1992: 123); de allí en adelante, la intensificación predominó como fuente de crecimiento agrícola. De esta manera, aunque el área de tierras cultivables de América Latina aumentó un 19% en los 70, durante los 80 sólo se expandió un 12%, y Brasil respondía por el 68 y el 86% de esos incrementos, respectivamente (CEPAL 1993: 610). Sin embargo, este proceso de capitali-

zación ha avanzado desigualmente en la región. En Brasil la agricultura continúa expandiéndose de manera considerable a través de la colonización de la frontera amazónica. Además, dentro de la agricultura la capitalización ha estado mayormente restringida al sector comercial, dejando la agricultura campesina relativamente inalterada, como se observará más detalladamente.

La crisis de la deuda afectó negativamente la formación de capital en toda América Latina. La tasa total de inversión cayó a un promedio anual de 3% en 1980-90, en comparación con un 7,2% de crecimiento anual de 1970 a 1980 (IDB 1993: 265). Aunque fue menor que la caída en el resto de la economía, la inversión agrícola de todos modos cayó. El uso de fertilizantes durante la primera mitad de los 80 estuvo por debajo del nivel de 1980 como consecuencia de la reducción o abolición de los subsidios, pero aumentó gradualmente por encima de ese nivel de allí en adelante (CEPAL 1993: 662). La cantidad de tractores continuaba aumentando a una tasa muy reducida. Los tractores habían aumentado en un 75% en los 70, pero sólo aumentaron un 30% en la década siguiente (ibíd.: 80,610). La cantidad de segadoras-trilladoras aumentó en casi el 20% durante los 80, lo que representó también una tasa más baja en comparación con la década anterior (FAO 1977: 257, FAO 1992a: 247).

El legado de la reforma agraria

Mientras la hacienda era modernizada y capitalizada durante los 60 y los 70, en algunos países latinoamericanos tuvieron lugar cambios más estructurales como consecuencia de la reforma agraria. El impulso para la reforma agraria fue tanto político como económico. A parte de la actuación declinante de la agricultura, algunos gobiernos consideraron que los conflictos surgidos de las relaciones latifundista-campesino constituían una fuente de inestabilidad. Los gobiernos latinoamericanos y el de EEUU, obsesionados por el fantasma de la revolución cubana, crearon la Alianza para el Progreso a principios de los años 60. Las reformas agrarias se consideraban una forma de moderar los levantamientos campesinos y de prevenir un cambio político y económico más radical.

El legado de las reformas agrarias ha sido la modernización del sistema de la hacienda, y su transformación en una explotación agrícola capitalista, en lugar de su eliminación «desde abajo», a través de la redistribución de las tierras de la hacienda a los campesinos. En este sentido, muchas reformas de la tenencia de la tierra pueden considerarse como la continuación y aceleración de un proceso que va del latifundista al capitalismo agrario (de Janvry 1981, Kay 1988).

Las reformas agrarias más radicales tuvieron la oposición de latifundistas y otros grupos, que modificaron su intención original. En algunos casos, los logros tempranos de las reformas fueron revertidos luego de una contrarrevolución o de un golpe militar. Los antiguos latifundistas no han sido los únicos beneficiarios de las contrarreformas. En Chile, el 30% de las tierras expropiadas fue devuelto a sus antiguos dueños después del golpe de 1973; pero casi el 20% fue vendido a inversionistas privados o institucionales, mientras que un poco más de la mitad se mantuvo en el sector reformado, el cual fue subdividido en parcelas o fundos familiares. Menos de la mitad de los beneficiarios obtuvo una parcela en una transacción de compra con el Estado (Kay 1993).

El «desenredo», de la reforma agraria peruana comenzó bajo Belaúnde (1980-85) y se intensificó a finales de los años 80 y principios de los 90. En Perú prácticamente no se devolvieron tierras expropiadas a sus dueños anteriores, sino que se distribuyeron entre los campesinos. Las cooperativas de producción costeñas fueron subdivididas en parcelas. En la región montañosa, parte de las tierras de las cooperativas fue transferida a las comunidades campesinas adyacentes, y otra parte se distribuyó entre los miembros individuales de las cooperativas en forma de parcelas.

En Nicaragua, la presión campesina y la guerra librada por los «contras» llevaron al gobierno Sandinista a modificar su énfasis en las granjas del Estado. Desde mediados de los 80, se ha hecho hincapié en la organización de la reforma orientada hacia el campesino. En este sentido se otorgaron más títulos de tierras personales, reduciendo la importancia relativa de las granjas del Estado y realzando el rol del cultivo individual. Este proceso se intensificó en gran medida con retiro del gobierno en 1990, y algunos terratenientes expropiados han podido reclamar sus fincas.

Por último, pero no menos importante, aunque en el transcurso del tiempo más y más de los ejidos colectivos de México han sido cultivados individualmente, es indudable que la reforma del artículo 27 de la Constitución Mexicana, en 1991, ciertamente facilitará y permitirá la privatización legal, abriendo así las puertas a los inversionistas privados para que tengan acceso a la tierra ejido, con consecuencias que pueden estar lejos de ser favorables para los campesinos.

El cambio de las organizaciones colectivistas a los fundos campesinos, después de las contrarreformas agrarias, aumentó las probabilidades de un camino campesino al capitalismo agrario. Sin embargo, las políticas neoliberales, implementadas con vigor creciente en América Latina, resultaron en un retiro del respaldo del sector campesino. La liberalización de la tierra, la mano de obra y los mercados financie-

ros aumentó la competencia internacional, y la campaña de fomento de las exportaciones ha beneficiado a los que tienen acceso a los recursos técnicos, informacionales y de capital, y a los mercados. Quienes tienen poco o ningún acceso a esos recursos están quedando marginados. Por ejemplo, en Chile alrededor de la mitad de los parceleros ha tenido que vender su propiedad por no poder pagar la deuda por la compra o por no contar con el capital y la experiencia de mercado necesarios para continuar sus operaciones agrícolas: un proceso al que uno puede referirse como «campesinización pauperizante». De esta manera, al final de la reforma agraria chilena, sólo alrededor del 5% del campesinado pudo retener un fundo familiar.

La desintegración del sector reformado condujo a una estructura agraria más compleja. No puede decirse que el clásico camino del latifundista al capitalismo agrario ha triunfado como resultado de las contrarreformas, pero los antiguos latifundistas que retuvieron una reserva han podido capitalizarla y prosperar bajo el neoliberalismo. Además, el aumento del mercado de tierras ha permitido que nuevos tipos de empresarios (como los agroindustriales, los agrónomos, los administradores agrícolas y los comerciantes) adquieran tierras e inviertan más en la agricultura, que en el pasado.

Por lo tanto, el legado de la reforma agraria es complejo. Ciertamente, las reformas agrarias más radicales pusieron punto final al dominio de la oligarquía latifundista en América Latina. En general, contribuyeron con el desarrollo capitalista a través de cambios institucionales. Y al hacer que los mercados laborales y de tierras fueran más competitivos y flexibles, aumentaron el grado de respuesta de la agricultura ante la política macroeconómica y las fuerzas del mercado.

Nuevas relaciones de producción

La acelerada transformación capitalista del campo, junto con los cambios en la tenencia de la tierra posteriores a las reformas y contrarreforma agrarias, han reestructurado las relaciones técnicas y sociales de producción. Además, la difusión y el dominio de las agroindustrias, y el crecimiento de la agricultura de exportación, han ejercido una influencia importante en algunos países latinoamericanos para rehacer los mercados laborales rurales y las relaciones de producción.

La transformación tecnológica ha estado limitada al sector granjero capitalista o a la agricultura empresarial. La política macroeconómica, que favorece el desarrollo y la difusión de tecnologías con alto coeficiente de capital, y la propensión de los servicios de extensión en favor de los agricultores comerciales han ampliado la brecha tecnológica entre la agricultura empresarial y la economía campesina, refor-

zando una estructura agraria bimodal. Para los agricultores campesinos resulta difícil, si no imposible, adoptar la nueva tecnología. Esta no sólo es demasiado arriesgada y costosa, sino que además no es apropiada para la agricultura a pequeña escala ni para los suelos inferiores de los cultivos campesinos. Además, los efectos ambientales de esa tecnología son cada vez más cuestionados. La naturaleza de esta tecnología que entraña un alto coeficiente de capital (y a menudo un alto contenido de importación) también se considera inapropiada para las economías latinoamericanas, ya que demanda demasiados recursos escasos (especialmente divisas) y muy poco de la abundante oferta de mano de obra.

Cambios en la composición de la fuerza laboral rural. La modernización de los latifundios y su transformación en explotaciones capitalistas ha estado acompañada por un cambio estructural de la fuerza de trabajo. En comparación con el anterior personalismo y clientelismo entre latifundistas y campesinos, las relaciones entre agricultores capitalistas y campesinos están cada vez más mediadas por las fuerzas impersonales del mercado y caracterizadas por nuevas formas de explotación y subordinación.

Se pueden destacar cuatro cambios principales en la composición de la fuerza de trabajo: a) el reemplazo de la mano de obra arrendataria por la asalariada; b) dentro de la mano de obra asalariada, el crecimiento del trabajo temporal y estacional; c) la creciente feminización de la mano de obra; y d) la «urbanización» de los trabajadores rurales.

La mano de obra arrendataria solía satisfacer la mayor parte de las necesidades permanentes y temporales de los latifundios. Pero cuando los latifundistas modernizaron sus fincas aumentando la productividad - especialmente desde de los 50 en adelante - la mano de obra arrendataria resultó más costosa que asalariada. Los ingresos recibidos de los arrendatarios (aparceros, arrendatarios de mano de obra-servicios, u otros) pasaron a ser menores que los ingresos de los latifundistas trabajando la tierra directamente con la mano de obra asalariada. Especialmente la mecanización, atractiva debido a las monedas muchas veces sobrevaluadas y a la disponibilidad de créditos subsidiados por los gobiernos, convirtió al cultivo directo en una actividad más provechosa. De esa manera, los costos de oportunidad más elevados de los arriendos hicieron que los arrendatarios terminaran como proletarios o que fueran reemplazados por asalariados. Ya en 1973 la proporción de mano de obra asalariada dentro de la población agrícola económicamente activa oscilaba entre el 30 y el 40% en la mayoría de los países latinoamericanos, y en unos cuantos casos estaba por encima del 50% (Ibáñez 1990: 54-56). Esto es una indicación del

alto grado de proletarización de los campesinos, ya que muchos carecían de tierras o tenían un insuficiente acceso a ella tierra para ganarse la vida. Para los 80, más de la mitad del campesinado de América Latina carecía de tierras.

Para los 80, más de la mitad del campesinado de América Latina carecía de tierras

Los latifundistas también redujeron la cantidad de arrendatarios y de trabajadores permanentes por razones políticas. En el variable clima político de los 50 y los 60, los latifundistas respondieron a la presión de la mano de obra rural, sobre todo de los arrendatarios que exigían más tierras o alquileres más bajos, introduciendo tecnologías que desplazaban la mano de obra. Además, se anticiparon a la implementación de la reforma agraria subdividiendo sus fincas entre los miembros de la familia o vendiendo parte de las tierras.

Dentro del cambio a la mano de obra asalariada, se ha registrado un incremento notable en la proporción del empleo temporal y a menudo estacional. En muchos países los asalariados permanentes han disminuido, incluso en términos absolutos, mientras que en casi todos los países los trabajadores temporales han aumentado en gran proporción. En Brasil se estima que para 1985 la mano de obra asalariada permanente había descendido a un tercio de los trabajadores asalariados rurales; los dos tercios restantes se empleaban temporalmente (Grzybowski 1990: 21). En Chile, el cambio de la mano de obra permanente a la temporal también fue dramático. Mientras que a principios de los 70 aproximadamente dos tercios de los asalariados era permanente y un tercio temporal, para finales de los 80 esas proporciones se habían invertido.

Este crecimiento del trabajo temporal se relaciona en parte con la expansión de las agroindustrias que exportan productos de temporada. En Chile, por ejemplo, alrededor del 60% de los asalariados temporales está empleado en la fruticultura de exportación. Los requerimientos de mano de obra de muchos de esos productos de exportación se limitan a unos cuantos meses del año. La expansión del empleo estacional ha llevado a la precarización creciente del asalariado rural. A los trabajadores temporales generalmente se les paga por unidad, y usualmente carecen de servicio social y de protección de empleo. Estos cambios y flexibilizaciones permiten a los patronos aumentar su control sobre la mano de obra. Iniciativas que han estado facilitadas por modificaciones regresivas de la legislación laboral, muchas veces introducidas por gobiernos militares, mantenidas por las administraciones civiles.

Esta precarización de la mano de obra rural ha contribuido a fracturar y debilitar al movimiento campesino frente a sus patronos o indirectamente el Estado. Aunque los trabajadores estacionales pueden ser muy combativos, son especialmente difíciles de organizar debido a su diversidad de antecedentes y cambios de residencia. Asociado a la expansión de la mano de obra asalariada temporal o estacional está el marcado aumento en la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo. En el pasado, las mujeres del campo trabajaban como jornaleras, ordeñadoras, cocineras o empleadas domésticas. También encontraban empleo estacional durante las cosechas de uso intensivo de mano de obra en las haciendas de café, algodón y tabaco. Con la creciente comercialización de la agricultura y la crisis de la agricultura campesina (que se discutirá más adelante) una proporción creciente de mujeres rurales se ha unido a la fuerza de trabajo. La mayoría ha encontrado empleo en el sector de servicios urbano.

Sin embargo, la rápida expansión de los nuevos cultivos de exportación (frutas, vegetales y flores) ha abierto nuevas oportunidades de empleo para las mujeres. Las agroindustrias generalmente emplean mano de obra femenina porque consideran que las mujeres están más disponibles, más dispuestas a trabajar en una base estacional, que aceptan salarios más bajos, están menos organizadas y, según los patronos, son mejores trabajadores para las actividades que requieren un manejo cuidadoso. No obstante, cualquier empleo permanente tiende a ser propiedad exclusiva de los hombres. A pesar de que generalmente ocupan empleos poco calificados y de paga escasa, para muchas mujeres jóvenes esos trabajos ofrecen la oportunidad de tener un ingreso independiente y escapar (al menos parcial y temporalmente) de las limitaciones del hogar campesino patriarcal. Si bien los términos de su incorporación al trabajo son desfavorables, eso no implica necesariamente que las relaciones entre lo sexos hayan permanecido inalteradas. Además, con la creciente incorporación al mercado laboral formal las mujeres han comenzado a tener una influencia creciente en las organizaciones campesinas, y en algunos casos incluso han establecido sus propias organizaciones.

Una dimensión adicional del crecimiento de la mano de obra temporal tiene que ver con su lugar de procedencia. Una proporción creciente de trabajadores temporales proviene de áreas urbanas. En Brasil, alrededor de la mitad de los trabajadores temporales empleados en actividades agrícolas son de origen urbano. Se les conoce como bóias frias («comidas frías», ya que van a trabajar llevando sus fiambres con comida fría), y como volantes («voladores» o trabajadores flotantes), residen en la periferia de las ciudades o pueblos, y fluctúan entre el empleo rural y el urbano.

La creciente presencia de contratistas de cuadrillas de trabajadores en las ciudades y pueblos pequeños para trabajar en los campos, significa que no siempre el patrón directo es el dueño o el administrador de la explotación agrícola. Cada vez es más común que los residentes rurales tengan que competir con los trabajadores urbanos por el trabajo agrícola, y viceversa, lo cual conduce a mercados laborales y niveles de salario más uniformes.

La expulsión de los arrendatarios, quienes solían residir dentro de los linderos de las fincas, y el crecimiento del empleo de tipo temporal, a menudo han dado como resultado la creación de nuevos caseríos y villas rurales, o la expansión de los antiguos en pequeños pueblos rurales. Está de más decir que esos caseríos y villas a menudo no cuentan con la infraestructura básica, y ofrecen pocos servicios sociales como escuelas y centros médicos, si es que tienen alguno. En el pasado, las barriadas pobres eran mayormente evidentes en las grandes ciudades de América Latina, pero hoy en día se han extendido a las ciudades pequeñas, e incluso a los pueblos. Esta propagación de las barriadas pobres se explica no sólo por la desaparición del sistema tradicional de la hacienda y los cambios en el mercado laboral agrícola mencionados anteriormente, sino también por la incapacidad de la economía campesina para absorber a una población en aumento, como lo veremos más adelante.

La agricultura, particularmente la agricultura empresarial, se ha entrelazado más íntimamente con el capital urbano e industrial, desdibujando así la división urbano-rural. Muchos campesinos también se han vuelto más urbanos o más relacionados con el sector urbano, a través de la migración estacional, de la integración al mercado, y del establecimiento informal de «confederaciones de familias», formadas por familias urbanas y rurales vinculadas a través de lazos familiares, de parentesco o comunitarios (Ortega 1992).

El futuro del campesinado: ¿un semi-proletariado permanente?

¿Cómo están afectando las transformaciones mencionadas el desarrollo de la economía campesina, especialmente a raíz de las políticas neoliberales que sigue la mayoría de los gobiernos de América Latina? El destino de la economía campesina y del campesinado latinoamericano ha sido objeto de abundante discusión. A finales de los 70, el punto de vista predominante, según el cual el camino del latifundista al capitalismo se imponía con fuerza arrolladora fue cuestionado por quienes enfatizaban la elasticidad, vitalidad e importancia relativa de la economía campesi-

na (Stavenhagen 1978, Warman 1979). El debate entre los «campesinistas» y los «descampesinistas» o «proletaristas» todavía persiste¹.

En pocas palabras, los «campesinistas» se apegan a la resistencia del cultivo campesino, que algunos consideran superior al cultivo capitalista. Rechazan el criterio de que en el campo se está generalizando la relación salarial y que el campesinado está desapareciendo. Y argumentan que el campesinado, lejos de ser eliminado, persiste e incluso se está fortaleciendo. Ven principalmente a los campesinos como productores de mercancías agrícolas menores, en capacidad de competir con éxito con los agricultores capitalistas, antes que como vendedores de fuerza laboral, supeditados además a los procesos de diferenciación socioeconómica. Este enfoque de la campesinización tiene ciertas afinidades con la tradición neopopulista de Chayanov y de sus seguidores contemporáneos como Shanin.

Por otro lado, los «descampesinistas» argumentan que a la larga la forma campesina de producción no es económicamente viable y que como productor de mercancías agrícolas menores el campesinado desaparecerá con el tiempo. Igualmente hacen énfasis en que el desarrollo capitalista aumenta el proceso de diferenciación entre el campesinado, transformando a la mayoría en proletarios. Sólo unos pocos se convertirán en «capitalistas campesinos» y todavía menos lograrán graduarse para convertirse en agricultores capitalistas. El enfoque de la «descampesinización» o «proletarización» acusa la influencia de escritores marxistas clásicos en el tema agrario como Lenin y Kautsky².

El debate latinoamericano sobre el futuro de la economía campesina continúa hoy en día al plantear cuestiones cruciales sobre las características del proceso de transición capitalista y la identificación de los problemas claves del desarrollo en el ambiente rural (Llambí 1991). Si bien las diferencias teóricas siguen fomentando el debate, la realidad cambiante y la disponibilidad de nuevos datos estadísticos requieren también un proceso de reinterpretación. Indudablemente la economía campesina sobrevivirá todavía por algún tiempo en América Latina. La pregunta crucial se

¹El debate entre «campesinistas» y «descampesinistas» o «proletaristas» fue particularmente intenso en México. Sobre los participantes claves en este debate, v. Paré (1977), Stavenhagen (1978), Esteva (1978), Warman (1979, 1980), Schejtman (1980) y Bartra (1974). Sobre excelentes análisis de éste y otros debates en un contexto más amplio, v. Crouch y de Janvry (1979), Astori (1984), Heyning (1982), Hewitt de Alcántara (1984), Reinhardt (1988), Barsky (1990) y Deere (1990).

²Existen posiciones intermedias y cambiantes en este debate entre campesinistas y descampesinistas. En algunos casos existe incluso una combinación de posiciones como consecuencia del propio debate, de la investigación empírica adicional y de las reflexiones teóricas. Por ejemplo, algunos marxistas se han visto influenciados por los escritos de Chayanov y viceversa, lo que ha tenido como resultado un enlace entre las posiciones neomarxistas y neochayanovistas, como en el caso del «marxismo-chayanovismo» (Lehmann 1986).

refiere a los términos de esa supervivencia: ¿prosperidad o miseria? ¿Puede la economía campesina suministrar empleo productivo adecuado e ingresos crecientes? ¿Serán capaces los campesinos de aumentar la productividad, deteniendo así la erosión de su papel anterior como proveedores principales de alimentos baratos, o se convertirán en meros proveedores de mano de obra barata para el sector agricultor capitalista? O, peor aún, ¿se convertirá la agricultura campesina en un refugio para los trabajadores rurales que no pueden encontrar otras oportunidades de empleo en los sectores urbano o rural, en los cuales apenas logran sobrevivir?

La significación contemporánea de la economía campesina. El sector agrícola del fundo familiar campesino todavía es significativo dentro de la economía y la sociedad rurales latinoamericanas. Como ya hemos visto, la economía campesina no ha enfrentado una declinación unilineal. En forma particular, el parcelamiento del sector reformado en Chile y Perú, y más recientemente en Nicaragua, ha expandido significativamente el sector campesino. Según las estimaciones, en los 80 la agricultura campesina de América Latina comprendía cuatro quintos de unidades de explotación agrícola y poseía un quinto del total de las tierras agrícolas totales, más de un tercio de las tierras cultivadas, y más de dos quintos del área cosechada (López Codovez 1982: 26). La economía campesina respondía por casi dos tercios de la fuerza laboral agrícola total; el tercio restante trabajaba en las granjas empresariales o capitalistas. Además, suministraba dos quintos de la producción para el mercado nacional y un tercio de la producción para la exportación. Su contribución en el área de los productos alimenticios para el consumo masivo es particularmente importante. A principios de los 80, la economía campesina suministró un estimado del 77% de la producción total de frijoles, 61% de las papas y 51% del maíz, así como también 41% de productos de exportación tales como el café. Además, la economía campesina poseía un estimado del 24% de la cantidad total de ganado vacuno y 78% de cerdos (ibid. 28).

El proceso de semi-proletarización. Aunque está lejos de desaparecer, el campesinado no es próspero; su importancia relativa en la producción agrícola ha disminuido. Según de Janvry et al. (1989a: 396), el campesino latinoamericano está experimentando una «doble presión (sub)desarrollista». En primer lugar, enfrenta la presión de las tierras. Al no adquirir tierras adicionales en correspondencia con su propio crecimiento, simplemente disminuyó el tamaño promedio de las explotaciones agrícolas campesinas. Esta disminución del sector afecta principalmente a los pequeños campesinos (minifundistas), que responden por alrededor de dos tercios de los fundos familiares. El tamaño promedio de éstos disminuyó de 2,1 hectáreas en 1950 a 1,9 en 1980. El resto del sector campesino conservó fundos promedios de

17 hectáreas, en parte a través de la implementación de reformas agrarias redistributivas (de Janvry et al. 1989b: 74). La situación precaria de los minifundistas se acentúa por el hecho de que alrededor del 40% no tiene títulos de propiedad de las tierras que cultivan (Jordán et al. 1989: 224). En segundo lugar, los campesinos enfrentan la presión del empleo, ya que las oportunidades no han crecido al ritmo del aumento de la población campesina, y además enfrentan una competencia creciente de los trabajadores urbanos que recurren al trabajo rural.

Esta doble presión ha llevado a muchos campesinos a emigrar, manteniendo así la elevada tasa de éxodo rural. Otra respuesta ha sido la búsqueda de fuentes alternativas de ingreso fuera de los fundos (como mano de obra asalariada estacional en la agricultura), y/o fuentes de ingreso diferentes de los fundos y de la labor de agricultura (como empleo en empresas rurales de pequeña escala o en agroindustrias). En muchos países latinoamericanos más de un cuarto de la población agrícola económicamente activa reside actualmente en las áreas urbanas, y la proporción de la población rural económicamente activa que está involucrada en actividades no agrícolas está en aumento; en México alcanza más del 40%, y en otros países promedia alrededor del 25% (Ortega 1992: 129). El empleo fuera del fundo crece más que dentro del fundo. Este cambio refuerza el aumento en la proporción del ingreso familiar campesino proveniente de salarios, ya que el ingreso por actividades en los fundos muchas veces viene a ser menos de la mitad del ingreso total (de Janvry et al. 1989b: 60,141).

Este proceso, que puede llamarse de semiproletarización, es la principal tendencia del campesinado latinoamericano, según la evidencia suministrada por Janvry y coautores (1989a, 1989b) y la CEPAL/FAO (1985). Es el pequeño campesino el que puede caracterizarse más precisamente como semiproletario, ya que entre dos y tres quintos de su ingreso familiar proviene de fuentes ajenas a su fundo, principalmente del empleo asalariado estacional en fundos y explotaciones agrícolas comerciales (de Janvry et al. 1989b: 63). Puesto que el pequeño campesino es el más numeroso, puede afirmarse que este proceso de semiproletarización es dominante.

El sector campesino se ha convertido cada vez más en un refugio para los trabajadores rurales que no pueden o desean migrar a las áreas urbanas, y que no pueden encontrar empleo permanente en el sector agrícola capitalista. Por eso mientras la economía campesina aumentó su participación en el empleo en un 41% entre 1960 y 1980, el empleo en la agricultura capitalista aumentó sólo un 16% (de Janvry et al. 1989b: 59). Además, las veloces mejoras tecnológicas en el sector agrícola capitalista, y las tierras y recursos de capital insuficientes del sector agrícola campesino,

unidos a su estancamiento tecnológico, hacen que el rol de los campesinos como productores de mercancías agrícolas decline inevitablemente, a menos que el Estado tome medidas correctivas.

El campesinado latinoamericano está atrapado en un proceso permanente de semi-proletarización. Su acceso a fuentes de ingreso fuera de su economía campesina, por lo general trabajo asalariado estacional, le permite aferrarse a la tierra, bloqueando así su proletarización total. Este proceso favorece a los capitalistas rurales, porque elimina la competencia de los pequeños campesinos en la producción agrícola y los transforma en mano de obra barata. La semiproletarización es la única opción que les queda a aquellos que desean conservar el acceso a la tierra por razones de seguridad y supervivencia, o porque no pueden encontrar un empleo productivo alternativo, ya sea en el sector rural o en el urbano.

Una opción lucrativa de mercado, está abierta para los campesinos pobres de algunas regiones, es el cultivo ilegal de la coca. Las regiones selváticas más altas y los valles semitropicales de Perú y Bolivia son particularmente apropiados para ese cultivo. Una planta que prospera en suelos pobres, requiere un uso intensivo de mano de obra y puede cosecharse cinco veces al año. Su producción se ha expandido rápidamente desde los 70. La adopción de políticas orientadas hacia el mercado y los programas de estabilización han estimulado, aunque sin intención, la economía de la coca. En Bolivia y Perú los pobres del campo han emigrado a la región de la selva en busca del «oro blanco». Esa migración ha tenido consecuencias ecológicas adversas, y se estima que sólo la coca por sí sola es responsable de alrededor de un décimo de la deforestación de este siglo en la amazonia peruana (Alvarez 1992).

Es extremadamente difícil calcular la importancia económica de la producción de coca. Los estimados de Alvarez para Perú (1992) indican que en 1988 el valor de la coca fluctuó entre el 2 y el 11% del PIB, que generó entre el 14 y el 35% del valor total de las exportaciones, y que suministró empleo a alrededor del 4% de la fuerza de trabajo total y 9% de la fuerza laboral agrícola activa. En el caso de Bolivia se estima que la coca y las exportaciones de cocaína fueron comparables al valor de todas las exportaciones legales entre 1987 y 1989, y que proporcionó empleos a entre el 2 y el 6% de la fuerza de trabajo total (De Franco y Godoy 1992: 376).

La paradoja con la coca es que mientras su producción bien puede disfrutar de una clara ventaja comparativa internacional, su expansión resulta indeseable debido al consumo de drogas, la inestabilidad política, la violencia y el crimen que promueve, la erosión de las instituciones estatales y cívicas que fomenta, y la corrupción

que crea. Pese a que los costos sociales y políticos de la producción de coca no pueden cuantificarse en términos económicos, sí son lo suficientemente dramáticos como para pedir que se tome una acción decisiva para contener, si no eliminar, su producción. Sin embargo, hasta ahora los gobiernos y los organismos internacionales se han mostrados reacios a pagar la cuenta que implica hacer de los cultivos alternativos una proposición más lucrativa para los campesinos.

La incidencia de la pobreza rural

La forma que adoptó la modernización de la agricultura en América Latina, con su énfasis en el cultivo con elevado coeficiente de capital y la doble presión sobre la economía campesina, se traduce en que la pobreza rural continúe siendo un problema persistente e insoluble. Los estimados de la incidencia de la pobreza rural en América Latina y el Caribe para 1989 muestran que más de tres cuartos de la población rural vive en la pobreza en Haití, Bolivia, Guatemala, Honduras, Nicaragua y El Salvador; entre tres cuartos y la mitad de la población rural vive en la pobreza en República Dominicana, Brasil, México, Perú, Panamá, Colombia, Ecuador, Venezuela, Paraguay, Chile y Jamaica; entre la mitad y un cuarto de la población rural vive en la pobreza en Trinidad y Tobago y Costa Rica; y menos de un cuarto en Granada, Argentina y Uruguay (Ibáñez 1990: 20).

La pobreza en América Latina es hoy principalmente un fenómeno urbano. En 1970, el 58% de los pobres de América Latina vivía en las áreas rurales, pero para 1980 la cantidad había descendido a 51%, y según las proyecciones para el año 2000 declinará a un 40% (ibid.71). Sin embargo la proporción de personas que vive en la pobreza sigue siendo más alta en el ámbito rural.

Ajuste estructural, liberalización y pobreza. Se considera en general que los programas de ajuste y las políticas de estabilización de los años 80 aumentaron la pobreza. Tanto la rural como la urbana crecieron en esa década: la primera, del 45% de la población rural en 1980 al 53% en 1989; la urbana del 17 al 23% (The Economist 1993: 43). La contracción de la demanda nacional incidió negativamente en los agricultores que producían para el mercado interno. Además, la liberalización del comercio aumentó la competencia de alimentos importados (Herrero y Trejos 1992). No obstante, la eliminación de los controles de precios sobre algunos productos básicos compensaron en parte la caída de la demanda interna, y la devaluación de las monedas locales creó incentivos para los exportadores agrícolas.

La causa principal de la pobreza rural es estructural, y está relacionada con la distribución desigual de las tierras y el aumento de la proporción de campesinos semiproletarios y sin tierras. Para atacar las causas profundas de la pobreza se requerirá una redistribución sustancial de las tierras e importantes inversiones, aumentar las oportunidades de empleo, y mejorar la productividad agrícola, particularmente la de los minifundistas, facilitando así salarios e ingresos más altos para los campesinos. Sólo con una generalizada ofensiva en varios frentes será posible aliviar significativamente la pobreza rural. Por supuesto, mucho va a depender de la capacidad organizativa de los trabajadores rurales y campesinos, y de su habilidad para forjar alianzas con otros grupos sociales a fin de alterar en su favor la balanza del poder político. Los esfuerzos gubernamentales (si es que existen) probablemente estarán dirigidos a atacar la pobreza urbana, aunque sea sólo por una conveniencia coyuntural. Sin embargo, la pobreza de América Latina está directamente relacionada con los problemas agrarios no resueltos. Por cuánto tiempo puede sostenerse un proceso de éxodo rural masivo y de desatención de los pobres rurales por parte de los gobiernos, sigue siendo un interrogante abierto a discusión.

Perspectivas futuras

Múltiples sendas de transición al capitalismo agrario. La caracterización de la futura senda de desarrollo de la agricultura latinoamericana ha sido el tema de un debate teórico extenso. A principios de los 70 sostuve que el camino del latifundista al capitalismo agrario era el camino predominante en América Latina, un punto de vista muy compartido por Murmis (1980) de Janvry (1981), Zamosc (1990) y otros. Goodman y Redcliff (1982), al igual que los campesinistas en el debate mencionado anteriormente, criticaron ese punto de vista por considerar que subestimaba la fuerza y la capacidad de supervivencia del campesinado. Sin embargo, fue Lehmann (1982 y 1986) quien en su trabajo sobre Ecuador identificó claramente por primera vez un camino factible para el campesino. Pero ese camino estaba confinado en una sección del campesinado que él conceptualizaba como los «agricultores campesinos capitalizados». Muchos otros investigadores «descubrieron» después ese «campesinado capitalizado» en diferentes áreas de América Latina. Sin embargo, nunca negué la posibilidad de un camino campesino al capitalismo agrario, sino que lo vi como subordinado al camino dominante del latifundista, o como el resultado de un cambio en la lucha de clases en favor del campesinado, que podría resultar en reformas agrarias redistributivas más extensas y/o en políticas macroeconómicas beneficiosas (Kay 1971, 1988). Según mi punto de vista, en el pasado predominaba el curso del latifundista al capitalismo agrario, pero hoy en día es posible observar una multiplicidad de caminos en América Latina.

En comparación con la estructura bimodal de los latifundios-minifundios, el campo latinoamericano se caracteriza ahora por una mayor complejidad y heterogeneidad (CEPAL/FAO 1986). La estructura agraria de hoy en día es más compleja y fluida que en el pasado. Es más apropiado decir que esta nueva estructura agraria está atravesando por un proceso de «polarización con heterogeneidad», que hablar de un «nuevo dualismo». Indudablemente, son los agricultores capitalistas modernizados, a menudo vinculados con el capital agroindustrial e internacional, quienes fijan la pauta y controlan la dirección del desarrollo agrícola latinoamericano - dentro de las limitaciones impuestas por la declinación relativa de la agricultura en la economía y su subordinación a los incisivos procesos de liberalización y globalización del comercio.

Viabilidad de la vía campesina. Así pues, ¿cuáles son las perspectivas de una senda campesina hacia el desarrollo rural? Es bien sabido que el acceso al capital, la tecnología y los mercados nacionales y extranjeros, al igual que al conocimiento y los sistemas de información, está adquiriendo una importancia cada vez mayor en relación con el acceso a las tierras, al determinar el éxito de una empresa agrícola. Aun cuando en décadas recientes algunos campesinos lograron acceder a aquellas a través de reformas agrarias, eso de ninguna manera asegura su desarrollo futuro. La brecha tecnológica cada vez mayor entre los sectores agrícolas capitalista y campesino ha impulsado a apremiar a los organismos internacionales, los gobiernos y las ONGs para que adapten las tecnologías modernas existentes a las necesidades del sector campesino, y para que desarrollen más tecnologías compatibles con el campesino y sostenibles. Pero esa política corre el riesgo de depender exclusivamente de un arreglo tecnológico, mientras que el carácter sustentable de la agricultura campesina depende de asuntos políticos y sociales más amplios, y particularmente de un contexto macroeconómico favorable. En resumen, un camino campesino viable para el desarrollo rural plantea interrogantes sobre la estrategia del desarrollo y, en definitiva, sobre el poder político del campesinado y de sus aliados.

En años recientes, académicos e instituciones interesadas han señalado cada vez más enfáticamente la repercusión adversa de la modernización agrícola «selectiva» sobre el campesinado de América Latina. En oposición al carácter concentrador y excluyente del proceso de modernización, ellos demandan una estrategia que incluya al campesinado en el proceso de modernización (Calderón et al. 1992, Murmis 1994). Tal modernización «incluyente» se considera como parte de la democratización de la sociedad rural, y algunos autores hablan de una «modernización democrática» para poner de relieve ese vínculo (Chiriboga 1992). Actualmente se están haciendo sugerencias con miras a «cambiar los patrones de producción con

equidad social» en América Latina, y para la «reconversión productiva» de sus productores agrícolas, a fin de enfrentar los retos de una economía mundial cada vez más internacionalizada y global en el nuevo milenio. Para promover estas metas, se proponen políticas gubernamentales especiales en favor del campesinado, a fin de invertir la tendencia del pasado en favor de los latifundistas y de los capitalistas rurales.

Es poco probable que se adopten esas propuestas en el actual clima neoliberal. Pero los campesinos tampoco han dejado pasar el proyecto neoliberal sin desafiarlo. La rebelión campesina en Chiapas, a principios de 1994, fue estimulada por el efecto excluyente de la modernización agrícola mexicana sobre el campesinado, y por los temores de que aumentarían las consecuencias negativas de la liberalización comercial después de la creación del TLCAN el 1° de enero de 1994. Indudablemente, la economía campesina mexicana no puede competir con los productores agrícolas de EEUU, con sus cultivos mecanizados de gran escala, a menos que se adopten medidas especiales proteccionistas y desarrollistas en su favor.

Conclusiones

En este artículo hemos mostrado cómo se han transformado la economía y la sociedad rurales latinoamericanas en las últimas décadas, a consecuencia del creciente desarrollo capitalista de la agricultura y de su mayor integración a la economía mundial. La agricultura latinoamericana ahora es parte integral del nuevo régimen mundial de alimentos. La modernización y la globalización agroindustriales han cambiado profundamente las relaciones sociales y técnicas de producción en el área rural. Además, el desplazamiento hacia una nueva era liberal que evoca la previa a 1930, de crecimiento orientado hacia afuera, parece ser una transformación estructural.

Esta forma de modernización ha beneficiado únicamente a una minoría de la población rural y ha excluido a la vasta mayoría del campesinado. Los beneficiarios constituyen un grupo heterogéneo, que incluye agroindustriales, agricultores capitalistas, algunas familias campesinas capitalizadas, y parte de la fuerza laboral más calificada. Los perdedores son el campesinado semi o completamente proletarianizado, la mayoría de los trabajadores rurales, cuyas condiciones de empleo se han vuelto temporales, precarias y «flexibles». Sin embargo, algunos latifundistas también han salido perdiendo, especialmente en países donde se implementaron reformas agrarias más radicales o donde han sucumbido a la competencia que siguió a la liberalización comercial.

Cada vez más la agricultura y el sector rural están quedando subordinados a la industria y al sector urbano en términos de los procesos de producción y de la demanda de productos. El dinamismo de la agricultura depende cada vez más del estímulo que puede recibir de la economía urbano-industrial. Esto está acompañado por la creciente importancia del empleo rural no agrícola, y por las actividades externas a los fundos, para los productores agrícolas.

Con la creciente inserción del sector rural latinoamericano en el sector urbano, los límites entre lo rural y lo urbano se han vuelto ambiguos. El éxodo rural masivo ha «ruralizado» en parte las áreas urbanas, y el campo se está volviendo cada vez más urbano. Los mercados laborales rurales y urbanos están más estrechamente entrelazados. El mercado de tierras se ha vuelto más abierto y competitivo, permitiendo que los inversionistas urbanos y el capital internacional tengan un mayor acceso a las propiedades. La competencia entre productores agrícolas se ha intensificado como consecuencia de una situación más fluida en los mercados de tierras, de capital y de fuerza de trabajo. La supervivencia de los grandes latifundistas, para no hablar de los agricultores campesinos, ya no está garantizada a menos que se mantengan al día con respecto de los adelantos tecnológicos, que innoven y ajusten su patrón de producción total y su estructura de producción conforme a las cambiantes condiciones del mercado.

Si bien la economía y la sociedad rurales son menos importantes hoy en día que en el pasado, todavía conservan una significación crucial en la mayoría de los países latinoamericanos. La «década perdida» de los 80, cuando los programas de ajuste estructural proliferaron en toda América Latina, revela la fortaleza de la economía rural al enfrentar la crisis de la deuda y responder a las nuevas circunstancias, tales como el nuevo ímpetu de la agricultura de exportación. Ignorar los problemas agrarios no es prudente. En Brasil y Guatemala todavía no se ha abordado la cuestión de la redistribución de la tierra, mientras que en muchos otros países sigue sin aclararse. La pobreza rural todavía se extiende por todas partes, al igual que la discriminación contra las comunidades indígenas. Por último, pero no menos importante, se están presentando nuevos problemas ecológicos.

A pesar de que el cambio de un proceso de desarrollo orientado hacia adentro y centrado en el Estado a un modelo neoliberal dirigido al mercado y a las exportaciones ha debilitado el poder de las organizaciones campesinas tradicionales a través del fraccionamiento de la fuerza de trabajo rural, muchos conflictos sociales seguirán originándose y haciendo erupción en el campo. Allí han surgido nuevas organizaciones populares, y va a ser políticamente difícil seguir imponiéndole al campesinado el modelo neoliberal, especialmente en aquellos países donde ha teni-

do lugar una transición a un gobierno civil. Es posible que los conflictos rurales se vuelvan incluso más violentos que en el pasado, debido al hecho de que el Estado ha sufrido un debilitamiento de su capacidad mediadora e integradora, y a que los partidos políticos, las ONGs, la Iglesia y otras organizaciones intermediarias no son capaces de manejar los efectos del actual patrón desigual y excluyente de modernización rural. El modelo neoliberal ha tenido un efecto particularmente negativo sobre las filas crecientes del campesinado semiproletario y los trabajadores sin tierras, quienes podrían convertirse en una fuerza mayor en las futuras luchas sociales en el campo.

Referencias

- *Alvarez, Elena H., A REPORT PREPARED FOR THE UNITED NATIONS RESEARCH INSTITUTE FOR SOCIAL DEVELOPMENT. - Ginebra, UNRIDS. 1992; Illegal Export-led Growth in the Andes: A Preliminary Economic and Socio-political Assessment.
- *Astori, Danilo, CONTROVERSIAS SOBRE EL AGRO LATINOAMERICANO: UN ANALISIS CRITICO. - Buenos Aires, Argentina, CLACSO. 1984; Modernización democrática e incluyente de la agricultura en América Latina y el Caribe.
- *Barsky, Osvaldo, POLITICAS AGRARIAS EN AMERICA LATINA. - Santiago, CEDESCO - Ediciones Imago Mundi. 1990; The Agriculture of Latin America: Changes, Trends and Outlines of Strategy.
- *Bartra, Roger, ESTRUCTURA AGRARIA Y CLASES SOCIALES EN MEXICO. - México, Era. 1974; Modernización democrática e incluyente.
- *Calderón, Fernando; Chiriboga, Manuel; Piñeiro, Diego, SERIE DOCUMENTOS DE PROGRAMAS. 28 - San José, IICA. 1992; El debate sobre el campesinado: teoría y significancia política.
- *CEPAL, ESTUDIO ECONOMICO DE AMERICA LATINA 1963. - Santiago. 1964; The Economic Consequences of Cocaine Production in Bolivia: Historical, Local, and Macroeconomic Perspectives.
- *CEPAL/FAO, CEPAL REVIEW. 27. p117-29 - 1985; Land and Labour in Latin American Agriculture from the 1950s to the 1980s.
- *CEPAL/FAO, EL CRECIMIENTO PRODUCTIVO Y LA HETEROGENEIDAD AGRARIA. - Santiago, División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO. 1986;
- *CEPAL, STATISTICAL YEARBOOK FOR LATIN AMERICA AND THE CARIBBEAN 1992. - Santiago. 1993;
- *Chiriboga, Manuel, REVISTA LATINOAMERICANA DE SOCIOLOGIA RURAL. 1. p27-37 - 1992;
- *Crouch, Luis A.; De Janvry, Alain, ESTUDIOS RURALES LATINOAMERICANOS. 2, 3. p282-95 - 1979;
- *De Franco, Mario; Godoy, Ricardo, JOURNAL OF LATIN AMERICAN STUDIES. 24, 2. p375-406 - 1992;

- *De Janvry, Alain, THE AGRARIAN QUESTION AND REFORMISM IN LATIN AMERICA. - Baltimore, The Johns Hopkins University Press. 1981;
- *De Janvry, A.; Sadoulet, E.; Wilcox-Young, L., THE JOURNAL OF PEASANT STUDIES. 16, 3. p396-424 - 1989;
- *De Janvry, A.; Marsh, R.; Runsten, D; Sadoulet, E.; Zabin, C., RURAL DEVELOPMENT IN LATIN AMERICA: AN EVALUATION AND A PROPOSAL. -
- *Deere, Carmen D., HOUSEHOLD AND CLASS RELATIONS: PEASANTS AND LANDLORDS IN NORTHERN PERU. - San José de Costa Rica, Costa Rica, Inter-American Institute for Cooperation on Agriculture. 1989; Fox, Jonathan -- ¿Y si los campesinos existen?
- *Esteva, Gustavo, COMERCIO EXTERIOR. 28, 6. p699-713 - Berkeley, University of California Press. 1990; Trejos, R. A. -- Campesinistas y descampesinistas: tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado.
- *FAO, PRODUCTION YEARBOOK 1976. 30 - 1978; Routledge; Kegan, Paul -- Campesinistas y descampesinistas: tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado.
- *FAO, FAO PRODUCTION YEARBOOK 1976. 45 - Roma. 1977; Jordán, Fausto -- Rural Workers and Democratization in Brasil.
- *FAO, FAO TRADE YEARBOOK 1991. 45 - Roma, Italia. 1992; Phil, D. -- El impacto de las reformas políticas macroeconómicas y sectoriales en los pobres rurales de siete países latinoamericanos.
- *Feder, Ernst, COMERCIO EXTERIOR. 27, 12. p1439-46 - Roma, Italia. 1992; Kenneth, Duncan; Rutledge, Ian -- The Principal Schools of Thought on the Peasant Economy.
- *Feder, Ernst, COMERCIO EXTERIOR. 28, 1. p42-51 - 1977; Hojman, David E. -- América Latina y el Caribe: pobreza rural persistente.
- *GIA y CLACSO, LA AGRICULTURA LATINOAMERICANA: CRISIS, TRANSFORMACIONES Y PERSPECTIVAS. - 1978; Barsky, O.; Murmis, M. -- La economía campesina en la reactivación y el desarrollo agropecuario.
- *Goodman, David; Redclift, Michael, FROM PEASANT TO PROLETARIAN: CAPITALIST DEVELOPMENT AND AGRARIAN TRANSITIONS. - Santiago, Grupo de Investigaciones Agrarias - Universidad Academia de Humanismo Cristiano. 1991; The Development of the Chilean Hacienda System, 1850-1973.
- *Grzybowski, Cándido, THE CHALLENGE OF RURAL DEMOCRATISATION: PERSPECTIVES FROM LATIN AMERICA AND THE PHILIPPINES. p19-43 - Oxford, Basil Blackwell. 1982; The Landlord Road and the Subordinate Peasant Road to Capitalism in Latin America.
- *Herrero, Fernando A.; Trejos, Juan D., AJUSTES MACROECONOMICOS Y POBREZA RURAL EN AMERICA LATINA. p401-434 - Londres, Inglaterra, Frank Cass. 1990; The Agrarian Policy of the Aylwin Government: Continuity or Change?
- *Hewitt de Alcántara, Cynthia, ANTHROPOLOGICAL PERSPECTIVES ON RURAL MEXICO. - San José, IICA. 1992; After Lenin and Chayanov: New Paths of Agrarian Capitalism.
- *Heynig, Klaus, CEPAL REVIEW. 16. p113-139 - Londres, Inglaterra. 1984; Two Paths of Agrarian Capitalism, or a Critique of Chayanovian Marxism.
- *Ibáñez, Gonzalo, SERIE DE DOCUMENTOS DE PROGRAMAS. 17 - 1982; Latin America Peasants and Regimes of Accumulation.

- *IDB, ECONOMIC AND SOCIAL PROGRESS IN LATIN AMERICA: 1986 REPORT. SPECIAL SECTION: AGRICULTURAL DEVELOPMENT. - San José, IICA. 1990; Trends and Recent Changes in the Latin American Food and Agricultural Situation.
- *IDB, ECONOMIC AND SOCIAL PROGRESS IN LATIN AMERICA: 1993 REPORT. - Washington, EEUU. 1986; Transformaciones, tendencias y perspectivas.
- *Jordán, F.; De Miranda, C.; Reuben, W.; Sepúlveda, S., LA ECONOMIA CAMPESINA: CRISIS, REACTIVACION Y DESARROLLO. p207-90 - Washington, EEUU; Baltimore, The Johns Hopkins University Press para el Banco Interamericano de Desarrollo. 1933; El agro serrano y la vía prusiana de desarrollo capitalista.
- *Kay, Cristóbal, COMPARATIVE DEVELOPMENT OF THE EUROPEAN MANORIAL SYSTEM AND THE LATIN AMERICAN HACIENDA SYSTEM. - San José, IICA. 1989; Incluidos y excluidos en la reestructuración del agro latinoamericano.
- *Kay, Cristóbal, LAND AND LABOUR IN LATIN AMERICA: ESSAYS IN THE DEVELOPMENT OF AGRARIAN CAPITALISM IN THE NINETEENTH AND TWENTIETH CENTURIES. p103-39 - School of Arts and Social Studies - University of Sussex. 1971; La opción campesina en las estrategias agrícolas.
- *Kay, Cristobal, ETUDES RURALES. 77. p5-20 - Cambridge, Cambridge University Press. 1977; Evolution of the Rural Dimension in Latin America and the Caribbean.
- *Kay, Cristobal, CHANGE IN THE CHILEAN COUNTRYSIDE: FROM PINOCHET TO AYLWIN AND BEYOND. p19-39 - 1988; The Peasant Economy: Internal Logic, Articulation and Persistence.
- *Kay, C.; Silva, Patricio, DEVELOPMENT AND SOCIAL CHANGE IN THE CHILEAN COUNTRYSIDE: FROM THE PRE-LAND REFORM PERIOD TO THE DEMOCRATIC TRANSITION. - Londres, Inglaterra, Macmillan. 1993; Capitalism and the Peasantry in Mexico.
- *Lehmann, David, JOURNAL OF DEVELOPMENT ECONOMICS. 11, 2. p133-61 - Amsterdam, CEDLA. 1992; Easing the Pain of Market Forces.
- *Lehmann, David, COMPARATIVE STUDY OF SOCIETY AND HISTORY. 28, 4. p601-27 - 1982; Desarrollo capitalista o campesino en el campo mexicano.
- *Llambí, Luis, EUROPEAN REVIEW OF LATIN AMERICAN AND CARIBBEAN STUDIES. 51. p27-50 - 1986; Luchas campesinas y reforma agraria: la sierra ecuatoriana y la costa atlántica colombiana en perspectiva comparada.
- *López-Cordovez, Luis, CEPAL REVIEW. 16. p741 - 1991;
- *López-Cordovez, Luis, PENSAMIENTO IBEROAMERICANO. 8. p15-35 - 1982;
- *Murmis, Miguel, ECUADOR: CAMBIOS EN EL AGRO SERRANO. p7-50 - 1985;
- *Murmis, Miguel, DEBATE AGRARIO. 18 - Quito, Ecuador, FLACSO - CEPLAES. 1980;
- *Ortega, Emiliano, PENSAMIENTO IBEROAMERICANO. 8. p79-108 - Lima, Perú. 1994;
- *Ortega, Emiliano, CEPAL REVIEW. 47. p115-36 - 1985;
- *Paré, Luisa, EL PROLETARIADO AGRICOLA EN MEXICO: CAMPESINOS SIN TIERRA O PROLETARIOS AGRICOLAS. - 1992;

- *Reinhardt, Nola, OUR DAILY BREAD THE PEASANT QUESTION AND FAMILY FARMING IN THE COLOMBIAN ANDES. - México, Siglo XXI. 1977;
- *Schejtman, Alexander, CEPAL REVIEW. 11. p114-34 - Berkeley, University of California Press. 1988;
- *Stavenhagen, Rodolfo, LATIN AMERICAN PERSPECTIVES. 5, 3. p27-37 - 1980;
- *Anónimo, THE ECONOMIST. p43-4 - 1978;
- *Trejos, Rafael A., AJUSTE MACROECONOMICO Y POBREZA RURAL EN AMERICA LATINA. - 1993;
- *Warman, Arturo, COMERCIO EXTERIOR. 29, 4. p399-403 - San José, IICA. 1992;
- *Warman, Arturo, ENSAYOS SOBRE EL CAMPESINADO EN MEXICO. - 1979;
- *Zamosc, Leon, REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGIA. 52, 2. p125-80 - México, Nueva Imagen. 1980;